

Es hermoso recoger en los campos mismos de Farsalia la piedra enrojecida por el ardor de las legiones, sin perjuicio de buscar luego en sus moléculas la composición del cinabrio. Es bello mirar cómo surca el espacio el rayo de Júpiter y sentir toda la grandeza y excelsitud del emperio pagano, sin dejar por eso de calcular, si preciso fuere, el número de voltios. Es consolador llorar esas leyendas que se acaban y extasiarse después ante los problemas impíos.

Hay que sentirlo todo, amarlo todo, hacerse artista y pensador y, primordialmente, veraz, para merecer la ciudadanía de un mundo que, concretándose en realidades abajo, se desvanece arriba en idealidades supremas.

*
* *

Prodigar á los niños el jugo de la vida, acariar sus cabecitas rapadas ó blondas, permitir que se oculten entre los pliegues de las faldas ó busquen el sueño en el propio regazo cuando la penuria les cerca y les aflige el desamparo, es cumplir un deber, pero cumplirle por instinto. La virtud entonces se llama apremio, como en Lía y Raquel, ó dolor, como en Zepha. Consagrarles la vida cuando no es menester tal sacrificio, el fausto solicita, la juventud distrae, la hermosura envanece, el halago conturba, es verdaderamente ser madre; es ceñir la corona sin lises, sin piedras incrustadas, sin legendarios y nobles florones; pero augusta, inmarcesible, gloriosa, porque está entretejida con flores de espino.

Una reina de Francia, noticiosa de que una dama de su corte se había permitido dar su pecho al Delfín, introdujo sus dedos en la boca del niño

para que arrojase la leche que no era maternal. La madre de San Luis estimaba que nadie podía tener derecho á robarle su función sacrosanta de nutriz de sus hijos, la incomparable satisfacción de verles succionar á su pecho la vivificadora corriente del hondo manantial de la vida.

Y los grandes artistas Sanzio, Murillo, Rubens, Julio Romano, olvidando que en el mito cristiano de la Concepción y alumbramiento permanece intacta toda noble función femenina, pintaron á la doncella hebrea ejerciendo sus deberes de abnegada nutriz. Para representar á la madre de un Dios fué menester humanizarla.

*
* *

Hay en todos los regocijos colectivos algo que repugna á los temperamentos selectos. El amontonamiento, el hedor á muchedumbre, la gritería ensordecedora, no deleitan á quien sabe buscar sus placeres en ambientes serenos. El amor á gritos destemplados y obscenos ante la multitud, deja de ser amor para convertirse en grosera impotencia; el festín en la vía pública se trueca en agape vergonzoso de estómagos maltrechos; la risa sin motivo, á carcajada abierta, tiene algo del grito del gorila; los colores chillones, los papeles policromos, las percalinas y los afeites deleznales, revisten á la luz meridiana un aspecto misérrimo. Lo más que puede pedirse al hombre equilibrado es que mire con benévola compasión esos desbordamientos de nuestra nativa ferocidad, como mira el explorador los húmeros roídos en las habitaciones lacustres y en las cavernas del oso espéleo.

Echamos la culpa á la juventud, esa juventud

que nos va enseñando tantas cosas hondas y sabias y que un día sonreirá compasiva ante el recuerdo de nuestras fiestas sobrado inocentes, en que cien mil personas de aspecto afligido miran desfilar, como una procesión de magnificencia ignorada, á nuestra sociedad displicente, subida en carros de transporte.

*
* *

Va á comenzar el curso académico y, al saberlo, se entristecen los niños. ¿Por qué? ¿No es innato en los hombres el afán de saber cosas nuevas? Madame Stael creía hallar en este noble é impersonal deseo la característica de la humana especie. Para hallar la razón de este contrasentido no hay sino hojear esos libros con que los profesores pretenden estimular la intelectualidad de los adolescentes.

Examinadlos uno por uno y veréis qué verdades nuevas estudian. Uno nos explicará el mecanismo de las lenguas muertas. Así se habló en tiempos remotos. Otro nos dirá qué guerras hubo hace doscientos siglos; según las afirmaciones gratuitas de los historiadores asalariados un tiempo por los reyes. El de más allá nos ilustrará acerca de la metafísica del siglo aristotélico. Esotro nos hará la apología de los poetas y escritores de los tiempos de Mari Castaña. Gracias si alguno nos expone los sistemas científicos de la luz, el calor y la electricidad, las teorías desechadas con justa razón en todos los centros de observación del mundo culto.

Educada de esta manera gran parte de la juventud, no tarda en devolver á la sociedad centuplicadas todas las falsas y absurdas nociones que

de ella ha recibido. Haciendo alarde de descreída y revolucionaria, siente, sin embargo, en su espíritu la inmensa pesadumbre de todo un pasado al cual califica de glorioso y del cual se enamora como los perezosos entendimientos de las cosas estadizas y muertas, recubiertas por la roña de las centurias. No le interesan los problemas de la vida y del pensamiento; no canta las magnificencias de la civilización, ni la apoeya de la liberación de los pueblos y de los hombres. No piensa sino en el Cristo que ha de volver á pie ó á caballo á salvar á los espíritus doloridos y en los machaqueos del mal medido hexámetro. No sentirá la emoción estética ante las maravillas de la vida contemporánea ó los dolores de la generación que vive y palpita, sino ante los viejos monumentos, los vetustos y desconchados paredones, las angostas y solitarias callejas, los arcaicos infolios, los caños roídos, las gárgolas rotas. Una sensación de angustia indefinible, de malestar hondo, os producirán sus pinturas, que ellos llaman ingenuas, sus mujeres exangües y místicas, sus crepúsculos tétricos, sus esculturas dislocadas. Sueña con el ayer. El mañana queda para otras generaciones más entusiastas que sepan prestar á la humanidad nuevamente el inapreciable servicio de Omar, quemando todos los viejos papelotes, y con ellos todos los caducos y arrugados prejuicios.

Vivimos del ayer. Pero de un ayer falso, convencional, absurdo. Seguimos creyendo en otras razas más fuertes, más vigorosas que la nuestra, que desaparecieron cubiertas de gloria, cuando las armaduras de los Museos dicen, á todo el que sabe anatomía, que fueron pequeñas, entecas y ruines. Continuamos entonando himnos á la gran-

deza de una España muerta de hambre y miseria, despedazada por el odio, compuesta de labriegos famélicos, aventureros sin pudor y tiranuelos de baja estofa; de frailes, estudiantones vagabundos, Rinconetes y Lázaros. Nos deleitamos ante el teatro dislocado y monstruoso clásico, diputándole por sublime las pesadeces de los disertadores claustrados y las alambicadas oratorias de los casuístas. ¡Oh la España que fué! ¡Ah los tiempos de heroica grandeza! Nuestros héroes son el Cid, que alquilaba sus huestes al mejor postor, y el impulsivo Suero de Quiñones. Nuestros modelos femeninos, aquellas damas preciosas de alta alcurnia, que envilecían las cortes de los Felipes, que no conocieron las prendas más indispensables de ropa interior, y que se sonaban, ni más ni menos que la Valliere y la Pompadour, bonitamente con los dedos.

Así, nuestros talentos más celebrados son aquellos que emplean toda una vida en averiguar detalles nimios de los tiempos de entonces; los que revuelven más polvorientos pergaminos y logran fijar la fecha de un casamiento ó de una batalla. ¡Labor imponderable, aquí donde un clamor universal reclama una transformación total de la vida y un concepto radicalmente nuevo de la Justicia, del Derecho, del Estado y la propiedad!

En vano una legión de hombres educados en el laboratorio, llenos de sangre nueva, enamorados del progreso, luchan por avanzar por la senda de la razón. Las tradiciones venerandas, las glorias que fueron, el arte que fué sepultado entre ruinas, vuelven á surgir como espectros que atemorizan á la reata. Es un trabajo de titán el que hay que realizar cada día para desembarazar el paso de escombros, de petos abollados, y cimeras

hendidias, y murallones que se agrietan, y cuadros que se resquebrajan, y pergaminos amarillos que hieden, y fuentes que no corren, y espíritus que se encierran en su concha caliza, como el caracol.

Pero es menester que lo sepamos: jamás las generaciones fueron más vigorosas, ni los ideales más levantados, ni el espectáculo de la realidad más hermoso, ni las mujeres más bellas y discretas, ni el arte más consciente, ni el conocer más lógico y razonable, ni los pueblos más dueños de sus destinos que en esta época, que ha preguntado la primera cuál es el derecho y la justicia de todos. Ha llegado la hora de reconocer que la historia nos ha engañado, porque ha sido escrita por y para los poderosos, sin otro objeto que mantener á los hombres en la servidumbre; que las ciencias llamadas morales, que las famosas *humanidades*, han sido embusteras, sin otro fin que esclavizar perpetuamente á los débiles; que el arte se ha inspirado en ideales fantásticos ó absurdos, y que toda regresión más ó menos sentimental á lo que fué y á todas sus supuestas grandezas, es un inexplicable candor, cuando no una complicidad en la labor de retroceso, de estancamiento y de tiranía.

Son muy bellas las selvas centenarias; pero hay que desbrozarlas para que en ellas aparezca el cultivo y la ganadería. Son muy nobles nuestros heroicos ríos legendarios; pero hay que sangrarlos para que fecunden las tierras estériles; son imponentes los viejos caserones; pero hay que derribarlos para que en las ciudades penetre la higiene con el aire y la luz. Deleitosa fué nuestra literatura; pero hay que hablar en lenguaje claro de cosas nuevas é interesantes. Merece respeto lo que fué;

pero necesita más atención y sereno estudio lo que será.

El hombre moderno no debe volverse para rezar ni hacia Oriente ni hacia Occidente. No puede alimentarse de semillas y tradiciones, como el chino, que se embriaga con el aroma del opio, repitiendo sentencias de Kong Fou Tseu; ó el árabe, que se despereza en el zoco pensando en las huríes, que tuvo buen cuidado de guardar para sí Mahoma.

* * *

Una habitación soleada, aireada, limpia. He aquí un placer á que todos los hombres tienen derecho. Cientos de leguas se extienden alrededor de las poblaciones de terrenos incultos, de predios sin labor, de infecundos y tristes arenales. Y los hombres se amontonan en la ciudad en infectas y estrechas viviendas. Pero cada terreno tiene su dueño, cada cascote su impuesto, cada edificación sus enormes trabas. Y se da el triste caso de que, mientras los propietarios de modestas fincas se arruinan, los trabajadores perecen en manadas en malolientes y ruinosos tugurios. Donde el vivir entre cuatro paredes va pareciendo insoluble problema, no es extraño que la muerte haga estragos y la barbarie tenga prosélitos y la navaja esté siempre dispuesta á salir de su vaina con relámpagos de odio y vibraciones de jabalina.

Una vivienda... Todos los animales la tienen. Bajo los altos peñascales en que el águila amontona para su nido briznas y vedijas, juncos y copos, socava el oso montaraz su cubil. Haciendo perdurable la lamentación bíblica, sólo falta descansa á la sien del hijo del hombre. Nuestros en-

sueños nos fingen siempre ese hogar apacible que nunca tendremos, ese rincón amable en que podríamos criar el hijo, escribir el libro, plantar el árbol: los tres perdurables y santos anhelos. Y pensando en estos afanes que no se cumplen, veremos abrirse las grandes vías, donde se alzarán los suntuosos alcázares que no serán para nosotros, pensando siempre en un sitio apartado, lejano del centro, pero donde nuestros hijos podrían tener aire y luz, y donde, cuando los años avanzaran en despiadado curso, un manso viento impregnado de aroma, de brotes y cálices, un rayo de sol vivificador y confortante, vinieran hasta el viejo sillón patriarcal, á subir por el ancho respaldo, á enredarse en los blancos y adorados cabellos de nuestra viejecita...

* * *

Aquí donde, como en ninguna parte, fué fecunda, variada y prodigiosa la rima, buscan los poetas formas nuevas, sin ver que no es la forma, sino el fondo, lo que está pidiendo renovación. Nuestro ideal es el dinero; pero ¿cómo elevarse, para cantarle, á las alturas serenas de la lírica? Ni Ovidio ni Quevedo debieron su gloria á la sátira, ni menos á sus imprecaciones contra el lujo y la codicia de la mujer. Hubo aquél de escribir los *tristes* y aqueste sus vidas y psalmos para ceñir la diadema de la inmortalidad. El dinero, que puede hoy, por su talismánico y supremo poder, ser fuerza, salud, tranquilidad, dominación y honor, no puede ser algo que se desliga siempre de los intereses mundanos: poesía.

Ese desinterés pareció alumbrar á los hombres en sus combates épicos, en sus empresas arduas, aun cuando en el fondo se jugara con ellos el pan

la carne con dados de hierro. Hoy, dondequiera, ante los más gloriosos hechos, la lira enmudece. Puerto Arturo no es Troya; le falta una Helena y le sobra la esperanza de una compensación en dinero ó en territorios. El alzamiento ruso no es el de los siervos por la libertad ó de los pueblos ardientes por la gloria: es la desesperada y enconada contienda por el óbolo, acaso más justa que todas, tal vez más fecunda que cuantas en los tiempos le precedieron, pero sin aquella grandeza de que supo revestir la imaginación á los combates por la verdad, en que pudo sonar choque de espadas y estruendo de arcabuces, pero no tintineo de doblas ni rasgueos de plumas ásperas sobre cheques.

Un día vendrá, de seguro, en que habrá conseguido la ciencia asegurar la salud al pobre, la tranquilidad al humilde, la paz y libertad al menesteroso. Entonces, de los sauces gloriosos tornarán á ser descolgadas las arpas mudas. Aquel día volverá á encontrarse la forma, el molde, la palabra, la idea, que hoy buscan en la obscuridad á tientas los vates. Hoy no podría condensarse sino en un alarido, en un grito de rabia, en una inarticulada queja gutural que lanzarían las gargantas de los campesinos expoliados, de los obreros sin faena, de la juventud sin hogar, de las mujeres condenadas á eterno celibato, de los padres que buscan á sus hijos enfermos aire y luz que les cure y esperanza que les consuele.

* * *

Desmintiendo á Diderot y á *El Motín*, todas las superiores son buenas; pero ¿y si hubiera una sola mala? Tras los portones y las rejas y las celo-

sías y los tornos, todas las religiosas repudian el mundo; pero ¿y si una sola quisiera en vano volver á él? Todos los claustros, limpios de infecciones morbosas y de pecaminosos contagios, abren sus rasgados y airosos ventanales sobre patios serenos ó dan á huertos perfumados y luminosos; en sus celdas, enjalbegadas y tranquilas, se respiran aromas de incienso y de nítidos y albos cendales, y un Cristo redentor extiende sus brazos clavados, como ofreciendo un supremo abrazo de misericordia; pero ¿y si en un solo claustro, en una sola celda, en un solo huerto, se escuchase á deshora, deslizándose sobre las hiedras de las losas, enredándose en los alicatados de las ojivas, trepando por la cuerda de las campanas hasta las férreas agujas de la torre, filtrándose con los huracanes nocturnos por los resquicios de las ventanas y de las puertas, apagando la luz de los cirios y agitando las vestiduras de las imágenes, ese invisible espíritu satánico á que va unida como estridente y perdurable censura la carcajada sangrienta de Voltaire?

No. No hay maldades en los conventos. Yo lo doy por seguro. No quiero creer en esos supuestos tormentos por honor de la especie, por dignidad de una civilización que ha sido la primera en interesarse por los que sufren, en apiadarse de los que lloran, en luchar por cuantos desfallecen y sufren hambre y sed de justicia, y está dispuesta á esculpir la palabra Humanidad sobre la cúpula de San Pedro. Ni hay en el mundo frailes que aconsejen torturas inquisitoriales, ni mujeres que las apliquen en el nombre de Dios. No se da en exclusión alguna el vergonzoso y triste espectáculo de una mujer separada de sus semejantes, sin protección de ninguna especie, que se arrastra

ante sus verdugos, mirando con espantados ojos los instrumentos de su suplicio, el pozo en que ha de ser sepultada viva, el altar apagado que ha de negar sus preces y los muros siniestros que han de impedir á los humanos conocer el estéril sacrificio que ha de consumarse ante la indiferencia absoluta.

Sor Patrocinio de San José ha mentido; es una infeliz y desdichada demente; una femenina Cleofás que se pasea por los tejados en busca del Asmodeo de las soñadoras epilépticas; una visionaria como su homónima de las llagas; una esfinge que esconde sobre el alero el inmenso problema de la perturbación cerebral.

Pero esa loca, esa poseída, esa demoníaca, no puede ni debe volver al convento.

Este necesita, no sólo ser santo, sino parecerlo. Debe alejar de sí toda sospecha, toda posibilidad, todo aliento empañado que se pose sobre sus vidrios.

Y la civilización, por su parte, debe abolir las rejas, descorrer los cerrojos, airear los claustros, desvanecer las sombras. La virtud no admite otros muros que los de cristal, ni otros sacrificios que los que se realizan ante las miradas de todos. Hace tiempo han sonado en las vibrantes esquilas del tiempo los maitines de la democracia. A sus ecos han de abrirse los últimos *impace* y arrojar sus cenizas al viento, para que éste, al esparcir las sobre los campos, haga en ellos germinar las semillas de una universal primavera riente, estallar los brotes de una vegetación lujuriente y espléndida en que, bajo arcadas y claustros de ramaje, entonen su cántico de amor los pájaros nuevos.

* *

Han pasado los grandes infolios para hacer lugar á los libros pequeños, de fácil manejo, en los cuales la extensión de la idea no se confunde con su intensidad.

Cuando un autor nada ha dicho á la décima página, no tiene nada que decir. Por eso los libros pequeños han sido siempre los que han transformado la Humanidad, así como los pequeños Estados han sido los encargados de dominarla.

En la Historia los pueblos conquistadores han sido minúsculos y se han llamado Cartago, Atenas, Roma, Castilla, Prusia.

En la civilización los libros transformadores han sido pequeños, como el *Ta-Hio*, el Evangelio, las cartas de Lutero, el *Nuevo Organon*, el *Discurso del Método*, *La crítica del juicio*, el *Pacto Social*, el *Origen de las especies*, *El capital*, de Marx, y la *Anarquía*, de Kropotkin.

* *

Un libro magno sobre un solo asunto es una sinfonia sobre una sola cuerda.

* *

Se anuncia la llegada de una princesa bella y gentil. Séanle los hados propicios. Tal es el atractivo de la belleza y la juventud, que ante su pedestal quiebran sus armas los rencores y deponen todos los paladines sus lanzas. ¡Lástima que, como todos los dones de la suerte, sea tan fugaz y efímera la hermosura! A no ser así, la historia de los pueblos no tendría ni fechas de luto, ni gloriosas ni faustas efemérides. No habría en sus páginas sino bustos divinos, ornados de olorosas

pancarias y circundados, como en las medallas obrizas, por gráficas de oro.

Hay en nuestra vida un momento—aquel en que todas las florecencias estallan en brotes y en que todas las nuevas fecundidades alumbran—en que surge en nosotros un á modo de estetismo inconsciente y en que juzgamos que la belleza sensual y plástica lo es todo. Hay en nuestra alma entonces un tempero favorable á todas las siembras. Sentimos una inusitada ternura, y sin saber por qué, pugnan por asomarse á nuestros ojos las lágrimas de Werther. El ansia es algo desconocido, nos atormenta; pero todas nuestras pasiones son cándidas y tienen su freno en la propia ventura. Es la edad de los sueños, y en ella las princesas se acercan, espléndidas, radiantes, á ceñirnos la banda del torneo ó á colocar sobre nuestras frentes los cálidos laureles del Tasso. También ellas, las adolescentes soñadoras, esperan confiadas al príncipe gallardo, seguido de pajes con halcones, que ha de venir, circundado el rostro de rubias guedejas, oprimiendo en sus manos el zapatito de cristal de la hermana menor. Todas las sublimidades, todas las nobles excelsitudes, se condensan para nosotros en un solo concepto: *hermosura*; y en una sola palabra: *alteza*.

Mas cuando empieza á eclipsarse esa adolescencia que la suerte nos dió en precario, y á surgir en el paladar el inesperado relumbre de los dolores acres, comenzamos á comprender que hay algo más digno y elevado que admirar la belleza: crearla. Y los grandes, los elegidos, los que llevan en la frente el destello y en la mano el ariete, dejan de esperar la llegada de la princesa; buscan una cenicienta cualquiera y, en fuerza de constancia, de talento y de amor, la transforman,

la enaltecen, la dignifican, y, dentro de un hogar apacible, le levantan un trono.

Y entonces, sólo entonces, cuando á los imperitentes románticos comienza á asaltar la invencible tristeza de un crepúsculo novendial, se amamos á las princesas, y más, mucho más, á todas las mujeres que no lo son y que merecen serlo. Y ese amor que antes se cifraba en una figura ideal calzada de áureas y diminutas sandalias, cubierta de armiños y ceñida de imperiales diademas, se extiende ahora á todo lo que vive y padece, á los débiles, á los oprimidos y aun á las cosas inanimadas; al pájaro que, saltando gozoso, parece rebotar en el surco; á la planta que extiende sus hojas sobre el horizonte, luminoso como un fanal; á la piedra que, inclinada sobre el abismo, destila gota á gota las lágrimas solemnes de un planeta que espera, á través de los siglos, la azulada aurora de su redención.

Entonces comprendemos que todo es hermoso, sin necesidad de ser regio. Depurada nuestra sensibilidad exquisita, hemos dejado de confundir la belleza con el relumbrón; en el teatro huímos de las hueras declamaciones, de los fieros desplantes, de las pasiones que se anuncian á gritos; en la Naturaleza, abominamos de los rudos contrastes, del estruendo y del colorín; en la vida, de las aparatosas grandezas. Y al volver los ojos á nuestra compañera que nos mira resignada y acaso llorosa en silencio, comprendemos que estuvo en nuestra mano embellecerla y dotarla de gracia, llevar á sus ojos el destello de la ventura, á su faz la expresión de la coquetería inocente, los colores á sus mejillas y la gracia á sus movimientos; y sobre cogidos de asombro, nos preguntamos si no hemos sido injustos y si aquella

mujer dolorida y humilde no hubiera calzado el pequeño zapato cristalino si hubiéramos sabido doblar la rodilla y acercarle con cariño y respeto á su pie.

Princesas... Todas las mujeres pudieran ser princesas. Lo que faltan son caballeros que las encumbren.

La belleza es un Dios. Y ¿cómo han reverenciado los hombres á los dioses? Rodeando de esplendores y milagros el culto, amontonando sobre su imagen la deslumbrante pedrería, derramando sangre inocente sobre las aras de los sacrificios. Sin esa deslumbrante aureola, no se comprendía la Divinidad; era menester que los ojos cegasen ante la luz y el fausto. Pero la Divinidad existía muy lejos de las aras y de los templos, y en la molécula más humilde realizaba su evolución suprema, dejándose de llamar Brahma y Vishnú, para apellidarse solamente Energía.

Y la belleza es eso: un Dios propagador y activo, que está en todas partes, pero que pocas pupilas aciertan á ver. ¡Felices los que saben hallar la doquiera, sin venir precedida de marcha de infantes! Más dichosos aún los que aciertan á verla impersonal, austera, en las ideas y en los afectos, en las verdades y en los sacrificios; los que, allá en un rincón del mundo, dirigiéndose á un ser olvidado, aciertan á decir con todo el fuego de su corazón:—Príncipe no soy, pero sí caballero. No naciste en un trono, pero sabrás y podrás merecerlo. Eres mujer: ¡levanta; mi princesa eres tú!

*
* * *

Yo era nombrado Prepósito general de los Jesuitas.

Inmediatamente me quedaba sobrecogido ante el ilimitado poder, la fuerza irresistible, la omnimoda soberanía que el destino había depositado en mis manos.

Millones de hombres fríos, sumisos, obedientes sin voluntad, siervos sin réplica, *perinde ac cadaveres*, se desparraban por el universo como semillas aventadas; y esos hombres, votados á una sola idea, la del engrandecimiento de la Compañía; obsesionados por una sola y única devoción, la del triunfo de la intolerancia, prestaban oído á mis mandatos para sojuzgar las conciencias, adueñarse de los espíritus y mover á mi arbitrio fortunas y pueblos, mesnadas y tronos.

Yo era el *Papa negro*; negro como la tiniebla sepulta en la noche; negro como la sombra de una garra afilada y rapaz extendida sobre dos hemisferios.

Y reclinado en mi viejo sillón de cuero, sintiendo asomar á mis labios la risa de Satán, extendí la mano sobre el globo terrestre y me dispuse á tomar posesión del legado ignaciano.

Peró de pronto, me detuve sintiendo un escalofrío aniquilador, como el espasmo de la cuartana. De aquel mundo parecían salir apagados lamentos, ahogados sollozos; de la esfera achatada por la pesadumbre de la injusticia, me pareció que se elevaba algo turbio y denso, húmedo y tibio, como vapor de lágrimas.

Sentí entonces la magnitud de mi función desahrida y cruel. Yo tenía que desoir todas las quejas de los humildes, todos los lamentos de los atormentados. Para ser grande y para que lo fueran los míos tenía que ponerme en toda ocasión de parte del fuerte y del opresor. Al evocar el nombre de mis predecesores, el mundo se cubría

de una mancha rojiza. Crímenes, guerras, devastaciones, eran no pocas veces obra suya, y sobre el coro de los lamentos se alzaba formidable y acusadora la voz grandilocuente de Blas Pascal.

¡Ay, las madres sin hijos, muertos por la causa del fanatismo! ¡Ay, los hijos sin padres, aniquilados por la servidumbre! ¡Ay, los hermanos sin hermanos, aplastados ó envilecidos por la ignorancia! Y á la voz de Pascal sucedía el grito de D'Alembert; y á éste la execradora imprecación de todos los trabajadores de la verdad, que parecían escupirme á la frente esta fustigadora palabra: ¡Fariseo!

Y todavía, sudoroso, febril, me creía el indiscutible, el ungido. Mi poder era la quinta soberanía de Daniel; yo debo—me decía—cumplir un fin, y para realizarle, *i mezzì saranno sempre giudicati onorévoli.*

No iba, no, á ser mi voz, sino la de Clemente XIV, la que iba á resonar por cuarenta días bajo los arcos de Santa María de Lysistrata. Iba á ser la palabra solemne de aquel viejecito encorvado sobre su báculo, denostando á los jesuitas como á enemigos de Dios y su Iglesia y ofreciéndose en holocausto de la verdad, seguro de la venganza que había de anonadar al monarca Enrique.

Condenaba mucha maldad; pretendía lavar mucha sangre; quería disipar mucha sombra.

Yo, empero, iba á ser fuerte, como Lainez, como Aquaviva, como Borja, Tamburini y Visconti. Pero mi vanidad se sentía herida; no podría ejercitarla sino en la sombra. A la luz del sol no sería sino un monje malquisto, recluso en su celda. No tendría poder sobre las almas, porque no fué á mí, ni siquiera á Ignacio, á quien dijo el hijo del hombre: *Pasce oves meas.* No me sería

licito ostentar las riquezas captadas, que habrían de figurar como de otros menos escrupulosos aún. Puesto á herir, ni siquiera podría dar la dentellada del león, sino la débil zarpada de la zorra, más segura, eso sí, *perche il leone non si defendi di lacci,* pero menos noble y menos bravía.

Bajé la cabeza. ¿Para qué servían aquellas riquezas? ¿A qué bueno tanto y tan irresistible poder? Avergonzado de mi negra tiara, negando á cada paso mi fuerza, doblando el espinazo ante los fuertes, no sería sino un esclavo; un esclavo de los míos, que me observaban como á Rodin, que espían mis gestos y mis actitudes, dispuestos á todo, hasta á hacerme volver á la sombra, á aquella de que no se vuelve, porque no hay en ella tesoros, ni influencias, ni internados, ni Conclaves.

Mentira; el impulsivo fraile de Loyola no me había legado el mundo, me había dado tan sólo su ficción, como en *El mágico prodigioso* el diablo la posesión de Justina, ó en *Fausto* la juventud y el amor Mefisto. Era sólo una vana apariencia aquella grandeza para mí, fraile obscuro, harapiento, execrado, adulador hipócrita, siervo de mis vicios y los de veinte generaciones de expoliadores y aventureros.

Dentro de poco, entrarían en mi estancia mugrienta los asistentes, en apariencia á recibir órdenes; en realidad, á que pudiera perspicaz el *admonitor* leer en mi semblante amarillo, en mis ojos amoratados, en mi pulso temblón y en mi sofocante jadeo, la voz de mi cansancio ó el grito de mis concupiscencias.

Y me vi proscripto, olvidado, muerto quizás en la obscuridad y á mansalva, sin una flor seca sobre mi tumba, ni una lágrima sobre mi féretro

de pino recubierto de paño humilde; sin que al paso de mi cadáver se descubriera una sola cabeza ni se oyera otra oración fúnebre que la cargada sangrienta del imperecedero Voltaire.

Y entonces fué cuando rompí con mis manos el nombramiento, y rasgué mis vestiduras grasientas, y abominé de la regla ignaciana, decidido á tener á mi lado siempre un libro de cultura y progreso, ya que no tenía la suerte de poder sostener en mis manos ni una pluma ni una bandera.

* * *

Sinceramente admiro á los rebuscadores de maravillas. Su vida es agitada, como ha de serlo la de quien no puede deleitarse en el espectáculo de la Naturaleza sin bostezar previamente en ferrocarril, jurar en diligencia ó sofocarse en automóvil. ¿Dónde hay una montaña, una cascada, una gruta? Una guía cualquiera se encarga de procurar la respuesta y aun de indicar los puntos en donde es obligado al *turista* prorrumpir en exclamaciones y al escritor en tropos; tropos y exclamaciones que son perdurablemente los mismos. Fuera de esos lugares privilegiados, ni el sol tiene fulgores, ni los ramajes tonalidades, ni pureza el ambiente, ni el cielo misma grandiosidad. No hay sino reverenciar á Panurgo y ponerse en camino.

Yo he visto suspirar á una mujer hermosa delante de la catedral incomparable de Burgos por no poder admirar la fachada de los Jerónimos. Creemos, pensamos, sentimos con pentagrama. ¿Cómo iba á sernos lícito admirar y entusiasmar-nos sin guía? Llevamos una existencia Baedeker. ¿Hay que esperar? Página tal. ¿Es menester

dogmatizar ó creer ó llorar ó alegrarse? No queda otro recurso que consultar el índice. Todo ha sido previsto, menos vivir por nuestra propia cuenta.

Encontrar la belleza en todo, acertar á ver dondequiera la magnificencia de lo creado, oír en todo lugar y sitio el solemne rumor de las cosas... eso está reservado á unos pocos. Para ellos en la vida no hay jueves, y las cosas del otro jueves no son sino formas más ó menos artificiosas de la belleza augusta que está en todas partes y que pueden mirar todas las pupilas.

Hay más; no siempre la realidad supera al concepto que de ella hemos formado, pese al sentir de Byron. Por grande que sea el Océano, no caben en él todos los buques que puede esconder una sola molécula del cerebro. Jóvenes soñadores que, encerrados y condenados de por vida á trabajar en un estrecho y obscuro recinto, envidiáis á los poderosos que recorren las selvas del Kentucky ó bordean los lagos ginebrinos, sabed que todas las montañas tienen su cima muchos metros más baja que lo que vosotros creéis, y que las cascadas más rumorosos arrastran notas menos vibrantes, psalmos menos solemnes, caen de alturas menos excelsas que las que habéis forjado con llanto y deseos.

* * *

¡Cuán difícil—ha dicho Unamuno en estas ó parecidas frases—es salirse de la vulgaridad, del camino trillado, de los senderos de andadura, sin escandalizar al vulgo! Pero ya ha sentenciado el autor de la *Libertad de la voluntad*, copiando á Descartes, que el vulgo es casi todo el mundo. La libertad decantada de pensamiento puede entre

nosotros ser enunciada así: «Todo ciudadano tiene derecho á emitir libremente sus ideas y opiniones, siempre que con ellas no afirme cosa alguna que tenga ó tener pueda la menor sombra de sentido común.»

*
**

La tristeza es noble, es redentora; pero al hacerse estéril es una forma del egoísmo. «El hombre grande—dice Emerson—sabe conservar entre la multitud la serenidad de la soledad.» ¿Por qué no ha de ser verdadero lo inverso? Cumple á las almas varoniles conservar en la soledad esa confianza en el propio destino, ese arrebató para la lucha, ese amor á lo verdadero y lo bueno, que es el alma de las muchedumbres.

*
**

Pesimismo, tristezas, ¿para que? No pide esta tierra, empapada en todos los llantos, estériles quejas, sino generosos y nobles arrebatos. No claman por bardos, sino por nobles aventureros, esos caminos en que blanquean irredentas cenizas; no son vitrinas, sino panoplias, las que han de volver á animar esos desvencijados portones, esos solitarios alféizares, esas melancólicas sombras claustrales que encendieron bajo sus tocas la antorcha azulada de la idealidad.

*
**

Los primeros romanos que sintieron la nostalgia de las cosas amadas ausentes, alzaron un altar á la risueña Domiduca, diosa que presidía el regreso al hogar doméstico. Olvidaron elevar

otro á esa divinidad ignorada que nos acompaña al visitar los lugares en que fuimos dichosos y á los cuales volvemos, al cabo de las décadas, con la nieve en las sienes y la tristeza en el corazón.

Quando os aproximáis á una de esas ciudades nobles, legendarias, que tienen sobre sus puertas claveteadas los blasones de un pasado glorioso y en sus callejuelas desiertas la austera marca de una secular pesadumbre, pero en cuyo recinto sentisteis, con los primeros transportes románticos, el alumbramiento primero de un entendimiento votado á la verdad, experimentáis cierta angustia. Teméis que el tiempo haya raído de la ciudad las cosas que recordasteis en sueños y de vuestro cerebro las memorias. No es aquel el camino por donde fuisteis ni aquella la hora en que os alejasteis de las despedazadas murallas, inclinadas como desvanecidos titanes sobre las ondas mansas ó clamorosas del río. Teméis hallaros insensibles en los lugares que os recuerdan toda una idealidad ó que contrariamente sea tan fuerte la explosión de vuestra ternura, que haga desbordar en vuestras pupilas el llanto.

Llegáis, y sin querer asociáis las antiguas memorias á la nueva existencia, que os ha pulido con labor y dolor. Al mirar aquellos balcones, viene á vuestros labios un nombre: Clara, Felisa, Eugenia; pero debajo, un escudo de piedra os dice un solo apellido: Trastamara. Aquel cerro en que esperabais evocar la sombra grácil de una mujer, os trae la de Escipión Emiliano. Habéis vivido con los héroes de la antigüedad; habéis tomado parte en las luchas de los guerreros de las reales mesnadas, de las comunidades ó los alzamientos. Escucháis en Castilla y todo os habla de grandezas deshechas y de viejas espadas tomadas de orín.

Quisierais entonces acallar la voz de los siglos para escuchar tan sólo aquellas que en la infancia os hablaron de amistad y de amor, de virtud y de ciencia, de poder y de gloria, como hablaron á Machbet las brujas, pero con voz más susurrante y con profecía menos certera.

Explicadme, antropólogos, por qué lo agranda todo el recuerdo. Todos hemos recorrido con el recuerdo, á grandes pasos, estancias que apenas miden cuatro ó cinco. Calles que á la memoria se antojan largas como la quinta avenida de New York, se os presentan después tan cortas como un beso de despedida. Si hay, como aseguraba Cam-poamor, un cristal de color para las verdades, hay también en el alma humana un palmo ó un estadio de goma para calcular las grandezas.

¿No era más grande aquel edificio? ¿No era más alta y delicada su torre? ¿Por qué es tan bajo aquel antepecho á la remembranza, que fué tan alto para el amor? ¿Es de veras el jardín que miramos aquel en que un día caminó leguas la impaciencia de un goce tardío? Y aquel claustro solemne, de arcadas gemelas en que duermen las hiedras el sueño de las cosas que nacen junto al letargo de las glorias que mueren, ¿es el mismo que escuchó nuestras carcajadas y unió al eco de nuestros pasos el rumor de sus gárgolas destilando los copos de nieve deshechos á los rayos del sol?

Os detenéis en cada portal, preguntáis en cada vivienda. Aquel por quien preguntáis murió ya hace tiempo ó nadie de él sabe daros razón. Una nueva generación os mira con asombro ambular en torpe desconcierto, como interrogando á las piedras, á los árboles y á las ruinas, sobre todo á las ruinas. Nada acongoja al que regresa como un

edificio trocado en escombros. El lugar que santificasteis con lágrimas es no más que un espacio enigmático; el sitio en que besasteis un retrato ó en que dejasteis trémulos una carta ó un libro, es sólo en el espacio un punto ideal, que se confunde con los astros que brillan ó con los insectos errabundos que vuelan.

Si queréis someter á vuestro sensorio á las sacudidas más bruscas, á las sensaciones más hondas, acudid al templo en que rezasteis de hinojos. A la morada en que recibisteis el pan y la sal; pero buscad ante todo la escuela. Escuchad fervorosos la voz de Amicis. Buscad el Instituto. Al salir de las calles tortuosas, de encrucijadas sombrías y hurañas, le reconoceréis en seguida por su mole severa, adusta, conventual. Al divisarle creéis escuchar risotadas y cuchicheos. Pero está solitario, desierto su ingreso, cerrado el portón. No importa: llamáis con mano firme, como pudiera llamar con su espada Alarico; tenéis derecho al doliente recuerdo; nadie puede negaros la servidumbre de paso á lo largo de los muros en que escribisteis nombres y fechas, que os oyeron balbucir fórmulas abstractas ó recitar viejos y castizos romances. Queréis ver la campana que os llamaba al estudio, la escalera por donde bajaban los maestros, serios, pausados, poseídos de noble jerarquía. Nacíais entonces á un universo nuevo, á un mundo intelectual que sólo os reservaba amarguras, pero el cual echaba de seguro Fausto de menos al recobrar el vigor y juventud, del cual no pudo borrar las huellas hondas ni aun la redención suspirada, conseguida de la misma piedad por el eterno femenino.

Una puerta se abre: es el aula. ¡Oh majestad augusta! ¡Oh pobres y gloriosos escaños! Todo

ha muerto, menos su noble ancianidad. Convulsos, con opresión y ahogo en la garganta, descubris vuestra frente en aquel solitario templo de verdad y de vida. Y luego corréis á ocupar vuestro sitio de alumno; aquel sitio tan codiciado, para conquistar el cual pasasteis tantas noches en vela. El día en que llegasteis á él lloró de felicidad vuestra madre, que ya no vive sino en el espacio infinito. Desde él escuchasteis la voz grave, pausada, cariñosa de un maestro que ya no alienta, pero que parece revivir en el viejo sitial para recibir el llanto que vertéis puestas las manos sobre los ojos encendidos y con el sollozo ahogado en el pecho, en holocausto.

Después salís confortados, decididos, risueños. Habéis rehecho toda una vida, y como la estatua de Memnon, podéis saludar desde vuestra caducidad á las nuevas auroras. Comenzáis á encontrar á los viejos amigos, á vuestros compañeros de estudios y de picardías, que, ¡oh sorpresa!, os abrazan y se alegran ó conmueven al veros: á Rafael, á Paco, á Ramón, á Luis, á Tomás. Todos están más viejos, medio desconocidos. El tiempo ha estampado sobre todos su huella ulcerante; pero su mirada es la misma y les reconocéis por sus nobles arranques, como al árbol de la Escritura por sus frutos. Faltan muchos de aquella legión turbulenta; les sorprendió la muerte en la cruenta, en la implacable lucha. Honor y respeto á los vencidos.

Pero los vencedores os rodean. Aquél es alcalde y ha escalado las cumbres de la fortuna. Esotro es abogado ó procurador y habla muy serio de negocios, con igual gravedad con que os acompañaba á cazar vencejos; éste es empleado ó militar, ó simple trabajador, y lleva en sus manos las se-

ñales de un esfuerzo rudo y decoroso. Todos caminan por mitad del arroyo. Aquel día se han borrado las diferencias, y habéis vuelto á llevar á las filas de los desencantados y de los tristes la franca y jovial alegría de los mosqueteros.

Pero ha llegado la hora de partir, y allí en el andén, todos estrechan vuestras manos; todos os exigen palabra solemne de volver en seguida, sin dilaciones, ni pretextos, ni excusas. Sabed, pesimistas, que el mundo es siempre bueno y que tiene goces desconocidos para los grandes de corazón.

Y parte el tren, y se agitan pañuelos, y todo se aleja, y todo se esfuma, y queda en la sombra la ciudad hidalga. Todo parece un sueño; de seguro lo es. ¡Dios mío! ¿por qué lo será?

*
*
*

Bajo lienzos ensangrentados, rodeado de progenitores y amigos, retratada en los ojos la agonía, contraídos los labios con el rictus del dolor torturante, yace entre lágrimas.

Una voz pregunta: ¿Quién es? Sobre su frente pálida caen ensortijados los bucles; en su labio sombrea apenas el primer bozo, como sedosa felpa de fruta madura.

Su frente parece requerir coronas de mirtos; sus hombros, severidades de togas y clámides. En su brazo nervioso figura haber dejado huella el escudo y en sus dedos la jabalina.

Y otra voz contesta:—Descubrid la frente, vosotros los hombres de amor y dolor; doblad la rodilla, los buenos, los immaculados, los fuertes de espíritu; inclinuos ante esa figura augusta que sufre, ante esa sombra que se desangra.